



Seminario

Hacia el Fin del Milenio

(8 de abril - 1º de julio 1992)

Tema General:

Luces y Sombras del Porvenir

Mesa

El Subsuelo Latino y la Europa del Este

12

Enrique Arceo
Carlos Abalo
Oscar Cardoso

INTRODUCCION A CARGO DE Roberto Feletti*

La mesa de hoy, "El subsuelo latino y la Europa del Este", dentro del tema general "Luces y sombras del porvenir", hace hincapié en toda la temática ligada con los países de la periferia, tanto en Europa como en América Latina. Se encuentran con nosotros Enrique Arceo, Carlos Abalo y Oscar Cardoso. Antes de cederles la palabra a los panelistas, queremos recordarles que el día 1/7 tendrá

lugar la mesa de cierre "Los Quinientos años: ¿Un encuentro de dos culturas?", que contará con la participación de Alcira Argumedo, Federico Pagura, Adolfo Pérez Esquivel y el poeta cubano Roberto Fernández Retamar. También participarán el director del IDEP, Claudio Lozano, y el coordinador general de este seminario, Lucio Cerdá.

EXPOSICION DE Enrique Arceo*

Desde comienzos de los años '70, estamos viviendo un período de transición, sin que pueda aún determinarse si estamos asistiendo al surgimiento de una nueva fase expansiva de la economía mundial o hemos entrado en una larga etapa de estancamiento y crisis, como las que ya ha atravesado el modo de producción capitalista.

¿Cuáles son los elementos constitutivos de una fase del desarrollo capitalista? En primer lugar, el predominio de una nueva "forma de propiedad" que posibilita un cambio sustancial en la estructura del proceso de trabajo. Esta forma de propiedad descansa sobre un cierto grado de centralización del capital y redefine las relaciones entre las distintas fracciones de éste, así como las existentes entre el ejercicio del derecho de propiedad y el ejercicio de la capacidad de gestión. La estructura del "proceso de trabajo" establece, a su vez, la composición orgánica del capital; las relaciones técnicas en el seno de las unidades económicas y las modalidades de interrelación entre las mismas (es decir, las formas que reviste la competencia).

La nueva "forma de producción" resultante de la articulación de la forma de propiedad con la estructura del proceso de trabajo, impulsa la expansión del bloque de industrias en que se ha implantado y requiere, para establecer su dominación sobre las anteriores formas productivas,

una transformación del "modo de acumulación" que se expresa en un cambio en las tasas de plusvalía y de acumulación; el ritmo de crecimiento de las diversas actividades; las modalidades de intervención del Estado y las formas de relación entre éstos.

Cuando el modo de acumulación adecuado a la forma de producción más avanzada se consolida en una o varias formaciones centrales, éstas asumen una posición hegemónica dentro de la economía mundial y las relaciones jerárquicas entre las formaciones se modifican en función de su capacidad diferencial para asimilar, controlar y desarrollar la nueva forma de producción.

La creciente capacidad de las grandes empresas para controlar centralizadamente un proceso productivo que se desarrolla a escala mundial y articular las distintas fases del ciclo global del capital; las transformaciones que experimenta el proceso de trabajo; las innovaciones tecnológicas en que se asientan los anteriores fenómenos; la acelerada modificación en el peso relativo de las distintas industrias y los cambios sobrevenidos en la posición de las distintas formaciones en la economía mundial, indican la aparición de elementos característicos de una nueva fase. Pero las crisis recurrentes y las bajas tasas de inversión ponen también de manifiesto el predominio, en la actual coyuntura, de los efectos del agotamiento de la anterior fase y las dificultades con que choca la constitución de un nuevo modo de acumulación.

La fase que concluye a fines de los años '60,

* Economista, especializado en economía internacional, integrante del Centro de Investigaciones y Promociones Económico-Social.

estaba asentada en una estructura del proceso de trabajo habitualmente identificada como fordista y en una forma de propiedad que carecía de la capacidad para dirigir y controlar centralizadamente el funcionamiento de sus filiales, diseminadas por el mundo, y que básicamente orientaban su producción hacia los mercados en que estaban implantadas. El modo de acumulación tenía como eje a cada una de las economías centrales (relativamente cerradas, como consecuencia de la larga fase de estancamiento y desagregación de la economía mundial que se inicia en 1930), aunque bajo una clara hegemonía de los EE.UU. Se caracterizaba por una relativa estabilidad de la tasa de ganancia y de la participación de los salarios y de los beneficios en el producto, así como por una elevada tasa de incremento de la productividad, que permitía el rápido crecimiento de ambos y, por lo tanto, también del consumo y de la inversión, cuya evolución coyuntural era regulada mediante una activa intervención estatal.

La forma de producción dominante se expandía rápidamente en la periferia bajo el control de las empresas multinacionales, aunque en el marco de modos de acumulación marcadamente distintos al imperante en el centro.

Esta fase dio lugar al período de más rápido crecimiento del capitalismo; a una lenta pero constante caída de la participación de los países centrales en el PBI del mundo capitalista; a un poco significativo incremento de la concentración del PBI dentro de este grupo de países, y a un sostenido aumento de su participación en las exportaciones mundiales.

Desde comienzos de los años '70 el incremento de la productividad se hizo más lento y esto estuvo probablemente relacionado con las persistentes condiciones de pleno empleo en el centro, que deterioraron —según se quejaban los administradores de empresas— la disciplina laboral y elevaron los costos. La clase obrera,

dadas las condiciones imperantes en el mercado de trabajo, logró incrementos de los salarios directos e indirectos similares a los obtenidos en años anteriores y superiores a los de la productividad, sin que los mayores costos pudieran trasladarse a los precios, dada la creciente apertura de las economías centrales y la agudización de la competencia internacional.

La tasa de ganancia comenzó por lo tanto a caer, tendiendo a frenarse el proceso de acumulación. El capital buscó valorizarse financieramente, exigiendo y logrando la liberalización prácticamente total de los movimientos internacionales de capital, en el marco de una acentuada inestabilidad monetaria y las empresas trasnacionales procuraron simultáneamente, a fin de reducir los costos —y munidas ya, algunas de ellas, de una tecnología que les permitía asumir el control centralizado de la producción de sus filiales—, localizar ciertas fases del proceso productivo en la periferia, no como hasta entonces, para abastecer el mercado local, sino para exportar hacia el centro.

Este proceso se tradujo, particularmente, en la década del '80, en el surgimiento de nuevas tendencias en el seno de la economía mundial. La caída de la participación de los países centrales en el PBI del mundo capitalista se detiene bruscamente. En 1951 concentraban el 85% del PBI; en 1980 su participación se había reducido al 79%; en 1989 ascendía ya al 82%. Se configuran tres polos económicamente enfrentados: Japón, Estados Unidos y la Comunidad Económica Europea, y se produce una concentración del PBI a favor de éstos. En 1970, EE.UU., Japón, Canadá, Francia, Alemania, Italia e Inglaterra (el Grupo de los Siete) tenían el 82% del PBI de los países centrales, proporción que se había mantenido relativamente estable durante casi treinta años. En 1989 su participación se eleva al 84%.

Se está ante un proceso de reconcentración de la producción en el centro; una concentra-

ción de la riqueza en el Grupo de los Siete y un incremento de la participación de los países centrales en las exportaciones de los países capitalistas, que se eleva del 69% en 1980 al 79% en 1989, proporción casi similar a la que tenían en 1970.

Es cierto que si se toma como referencia a 1950, la participación de los países centrales en el PBI ha declinado ligeramente, y que desde 1970 se ha reducido algo su participación en las exportaciones del mundo capitalista, invirtiéndose la tendencia imperante desde 1950. Pero estas cifras globales son insuficientes para captar la profundidad de las transformaciones sobreenvenidas en la economía mundial.

Taiwan, Hong Kong, Singapur y Corea se han transformado en parte del centro dinámico de la economía mundial. Su producto conjunto representaba en 1970 el 1% del PBI de los países capitalistas y asciende en 1989 al 2,5%; su participación de las exportaciones ha pasado del 2% al 9%. Si sumamos estos países a los centrales, verificamos que el núcleo de la nueva economía mundial en vías de configuración concentraba en 1989, el 85% del PBI del mundo capitalista (apenas un punto menos que en 1951) y el 85,4% de las exportaciones mundiales, contra menos del 70% en 1951.

Los países petroleros han aumentado su participación en el comercio y el PBI de los países capitalistas, pese a una caída muy fuerte en la última década (su parte en el PBI pasó del 9,78% en 1980 al 2,95% en 1989). Sin embargo su producto per cápita se ha distanciado del de los países centrales (y estamos hablando de países que han obtenido una fabulosa renta en la década del '70). En 1951 su ingreso per cápita era el 28% del de los países centrales; en 1989, pese a la duplicación de su ingreso per cápita, éste sólo alcanzaba al 23% del de la OCDE.

Existió además un grupo de once países que concentran el 22% de la población del mundo

capitalista y que también ha aumentado su participación en el PBI. Este grupo incluye a Brasil y Colombia en América Latina; a Egipto, Túnez, Turquía, Siria y Pakistán y a un nuevo cordón alrededor de los NICS: Filipinas, Indonesia, Malasia y Tailandia. El ingreso per cápita de estos países es bajo (apenas el 9% del de la OCDE), pero su participación en el PBI capitalista se ha incrementado del 4% en 1970 al 6,5% en 1989 y su participación en las exportaciones del 3,8% al 5%.

El resto de los países (45% de la población de los países capitalistas) representaba en 1951 el 8% del PBI capitalista; en 1989, su participación se ha reducido al 4,5% y su parte en las exportaciones ha disminuido del 18% al 7%. Su ingreso per cápita en 1989 es prácticamente el mismo que en 1951 (apenas un 5% más) como consecuencia de una reducción de casi el 50% durante la década del ochenta.

Estamos ante una reestructuración de la economía mundial caracterizada por una concentración "hacia el centro y en el centro" y una diversificación y heterogeneidad de la periferia, donde el crecimiento se concentra en un grupo muy reducido de países, quedando el resto marginado del mercado mundial. Las causas de esto último son claras. Si tomamos el Grupo de los Once verificamos que estos países crecían entre 1950 y 1970 poco más que el conjunto de los países periféricos (su participación en el PBI de éstos, excluidos los NICS, se eleva del 32% al 35%) y su participación en las exportaciones de estos países descendía del 35% al 25%. Eran países que estaban creciendo "para adentro". Entre 1970 y 1989, en cambio, su participación en el PBI de los países periféricos se eleva del 35% al 60%; su parte en las exportaciones totales de éstos pasa del 25% al 43% y esta proporción se eleva, en las exportaciones de productos manufacturados, del 26% al 87%.

Ha habido, por consiguiente, una rearticu-

lación de un número restringido de países en una nueva división internacional del trabajo que está redefiniendo la jerarquía entre las formaciones periféricas. Esta nueva división internacional del trabajo tiene como eje el comercio interrama de bienes industriales. Los principales exportadores de alimentos son hoy los países centrales y, frente a las tensiones inflacionarias que generaba la demanda de materias primas en la fase anterior, se han desarrollado una serie de tecnologías que ahorran una sustancial cantidad de materiales por unidad de producto industrial y sustituyen el empleo de los más onerosos. De esta manera, el campo tradicional de especialización de los países subdesarrollados se achica y sus precios se deterioran, quedando marginados del mercado mundial aquellos que no han desarrollado la capacidad de insertarse en el comercio mundial de bienes manufacturados.

El hecho absolutamente escandaloso de que el 45% de la población del mundo capitalista tenga hoy el mismo ingreso que en 1950, mientras que el ingreso promedio de los países desarrollados se ha triplicado, plantea, de por sí, serios interrogantes sobre la estabilidad y viabilidad de una sociedad-mundo basada en la exclusión de la mitad de sus integrantes (en realidad, una proporción sustancialmente mayor si agregamos a los ex países socialistas). A ello debe sumarse que no logra articularse, en los últimos países centrales, un nuevo modo de acumulación. El capital ha logrado quebrar la resistencia de los trabajadores; destruir las instituciones defensivas de éstos e incrementar la intensidad del trabajo. El rápido progreso tecnológico posibilita que la inversión de una misma proporción del producto se traduzca en un 30% más de bienes de capital, dada la caída del precio relativo de éstos. Pero la liberalización de los movimientos de capitales y la competencia intercapitalista, en el marco de economías mucho más abiertas, impiden a los gobier-

nos implementar políticas de estímulos a la demanda y de regulación de la coyuntura. Tenemos entonces inversiones relativamente reducidas pero con una elevada capacidad productiva; demanda insuficiente; desmantelamiento del Estado de Bienestar para reducir aún más los costos y posibilitar el apoyo en la lucha competitiva al capital local; un deterioro de las condiciones de vida de la mayoría de la población y un crecimiento de la marginalidad. La concentración de la riqueza no sólo tiene lugar entre países, sino también dentro de cada país y en el conjunto de ellos, dando lugar a una sociedad mucho más polarizada y excluyente que la vigente hasta los años setenta.

Esta evolución es presentada como un hecho ineluctable, resultado de las leyes naturales de la economía y no de la lógica del sistema y se traduce en la propuesta, como paradigma para la periferia, de una apertura total de sus economías. Las pequeñas economías —y a escala mundial toda economía es pequeña, si exceptuamos cuatro o cinco casos— deben producir cualquier cosa que puedan vender en el mercado mundial; el comercio iguala, en el largo plazo, la remuneración de todos los factores y aplicando esta política, finalmente todos los habitantes del mundo capitalista gozarán de igual bienestar. Para ello es necesario destruir las estructuras productivas erigidas en la fase anterior al amparo del proteccionismo y reconvertirlas en función de las especializaciones resultantes del libre juego del mercado, sin interferencia alguna de los Estados.

Los datos indicados muestran, sin embargo, que se está, en la periferia, ante dos tipos de reconversión. La mayoría de los países subdesarrollados experimenta una reconversión que se identifica con la destrucción de una parte más o menos significativa de su estructura productiva y con una mayor dependencia de sus producciones tradicionales ligadas una división internacional del trabajo, característi-

ca de fa-ses anteriores. Esta reconversión sólo les ofre-ce, en la actual economía mundial, una mayor pobreza y marginación.

El desarrollo de una nueva forma de producción siempre supone una reconversión. Generada en una o varias formaciones centrales, las restantes deben modificar sus relaciones sociales y su estructura productiva para incorporarla y mantener su capacidad competitiva. Esto ocurre en el centro y también en la periferia, donde la inserción en las nuevas corrientes dinámicas del comercio internacional requiere la incorporación de la forma más avanzada, a fin de superar las anteriores modalidades de especialización y generar una estructura susceptible de incorporar y, de ser posible, generalizar en el interior del sistema productivo la nueva forma. Pero esta reconversión es radicalmente diferente a la que experimenta la mayoría de los países periféricos.

La posibilidad de implementar una u otra forma de reconversión depende, en última instancia, de las características de las clases en conflicto en cada formación económico-social y de la relación de fuerzas existente entre ellas. Brasil ha avanzado en el proceso de sustitución de importaciones y por esta vía ha logrado insertarse en las corrientes más dinámicas del comercio mundial. La Argentina ha seguido un camino distinto y ello no es básicamente imputable ni a su dotación de factores ni a la escasa inteligencia de sus gobernantes, sino al saldo de la lucha de clases en los años '70, que determinó la liquidación del modelo de sustitución de importaciones y de su potencial exportador en las ramas más dinámicas del comercio de manufacturas a nivel mundial.

En uno y otro caso, de todos modos, la actual situación es particularmente difícil para los sectores populares. La nueva forma de producción que se esboza descansa en la capacidad del capital de los países centrales para dirigir un proceso productivo que se desarrolla a nivel

mundial, y ello plantea dos problemas esenciales.

Frente a un capital que se mundializa, la respuesta sólo puede ser mundial, y mientras el capital esté mundializado y la clase obrera no lo esté, el peso del capital va a ser abrumador. Elaborar una respuesta internacional a la internacionalización del capital es una exigencia inmediata de la realidad, pero resulta difícil concebir que la misma pueda ser implementada en los próximos diez o veinte años.

Al mismo tiempo los sectores populares deben asumir, junto con esta tarea, la de evitar una reconversión regresiva e impulsar un salto en el desarrollo de las fuerzas productivas y en la constitución del obrero colectivo capaz de disputar al capital su control sobre las mismas. Esto plantea, entre otros, a los argentinos, la cuestión de cómo encarar esta labor con una burguesía únicamente interesada en insertarse en los lugares más atrasados de la estructura económica mundial.

Pareciera que la única posibilidad es que los sectores populares asuman un rol hegemónico, indisolublemente ligado al esbozo de nuevas relaciones de producción. Tarea difícil en un marco histórico signado por la paradoja.

El derrumbe de los países "socialistas" es esencialmente imputable, creo, a la forma como se saldaron en los años '30 las luchas en el seno del Partido Bolchevique y al predominio de una concepción que identificaba al socialismo con la supresión de la mercancía y la asignación de los recursos por el Estado, y no con una transformación, en el marco de una definición y control social de las prioridades, de las relaciones sociales y técnicas de producción en las fábricas, condición para el desarrollo de un modo de producción donde el trabajo adopte progresivamente un carácter directamente social. Este derrumbe, independientemente de cuáles estimemos sean sus causas y de la opinión que tengamos sobre el significado históri-

co del "socialismo real"; implica una victoria ideológica, política y social para el capital, cuyo sistema carece ya de antagonista, real o imaginario.

Sin embargo se están concretando, simultáneamente, las bases materiales para un modo de producción alternativo. La internacionalización de las luchas populares adquiere, con la internacionalización del capital, una base real puesto que constituye la condición ineludible para el triunfo, incluso, de las acciones meramente reivindicativas. El capital descubre que no basta, para elevar sostenidamente la productividad, con reimponer brutalmente su autoridad y procura obtener una creciente participación del colectivo obrero en el proceso de trabajo, y ello indica hasta qué punto las actuales relaciones productivas son desbordadas por el carácter crecientemente social de la producción, así como por el desarrollo de la ciencia y la tecnología, cuyas potencialidades sólo podrán ser enteramente aprovechadas por un nuevo tipo de sociedad.

Nuestro accionar debe estar pues orientado,

pese a la relación de fuerzas desfavorable, a elaborar una propuesta y una estrategia de articulación de las luchas nacionales, destinadas a frenar la reconversión regresiva, con las luchas sociales capaces de asegurar este objetivo mediante la única forma posible: el esbozo de relaciones de producción que sólo podrán desarrollarse en el seno de una nueva sociedad-mundo. Se trata de una sugerencia que parece hoy, sobre todo en la Argentina, voluntarista y abstracta. Pero la desagregación de los sistemas políticos tradicionales, el deterioro brutal de nuestras sociedades y las imperiosas necesidades que padecen sectores crecientes de la población, no tardará en poner estas tareas en el orden del día. De nuestra capacidad teórica, política y organizativa dependerá entonces que predomine el contenido nacional de la lucha, con los límites que ello implica para su consecución, o que los sectores populares adquieran una posición hegemónica que permita concretarlos y, al mismo tiempo, esbozar su superación.

EXPOSICION DE Carlos Abalo*

No pude seguir completamente la intervención de Enrique Arceo porque me retrasé, pero en términos generales acuerdo con lo que alcancé a escuchar. Digamos que me quedé un poco sin libreto porque quería hablar precisamente de este tema. Pero lo voy a encarar de otra manera, sobre todo poniendo énfasis en la valoración de las limitaciones y potencialidades de esta etapa.

En ningún momento debemos olvidar que estamos en medio de una crisis del capitalismo muy profunda. Pero, a la vez, esta crisis, por su misma naturaleza, es una reconversión y lo es sobre todo más, después de que el capitalismo ha infligido una derrota a la formación social soviética. Esa derrota tiene que ver —como decía Arceo— no sólo con la manera como se dirimió el desarrollo de la revolución dentro de estas formaciones, donde la burocracia expropió a la clase obrera como clase dirigente de la revolución; donde esta burocracia liquidó incluso físicamente en los años '30 a la dirección revolucionaria y, sobre todo, a partir de unos años después, cuando esa burocracia, o una parte de ella, se convirtió en la nomenclatura, en una clase burguesa emergente, disfrazada de burocracia de Estado, que hizo su acumulación —una acumulación primitiva— sobre la base de un proceso que, en la última etapa, se parece bastante a la que hemos padecido con la hiperinflación, y por la cual este sector se ha queda-

do, en gran medida, con la posibilidad de privatizar las empresas.

Pero éste es un larguísimo proceso que nadie sabe cómo va a terminar; no porque tenga demasiadas fisuras en cuanto al propósito contrarrevolucionario de la burocracia, sino por las dificultades en la inserción en el nuevo modelo mundial de estos países en tránsito hacia el capitalismo.

Para darles otra perspectiva quería señalar que no es la primera vez que en el capitalismo suceden estas cosas. Por lo menos, el capitalismo ha llevado a cabo algo así como cuatro reconversiones a lo largo de su historia. Nosotros somos testigos de la crisis y la reconversión del capitalismo que surgió de la Segunda Guerra Mundial. Este capitalismo tenía como característica esencial la hegemonía de los EE.UU. y una mayor internacionalización de la economía capitalista pero, a la vez, por el desarrollo capitalista habido en esos años, una reaparición de los contendientes de la burguesía norteamericana en la arena del capitalismo mundial: la competencia con Alemania y con Japón.

Pero este proceso se desarrollaba en medio de un mundo de bipolaridad, de un mundo donde había una formación social que, a pesar de sus transformaciones regresivas, la propiedad tenía una base estatal y que marcó un carácter progresista con respecto al capitalismo, aun después de la conversión de la dirección revolucionaria en una burocracia.

¿Por qué? Porque en estos países habían desaparecido, por lo menos en los sectores más

* Economista, periodista, profesor de Sociología de la UBA.

importantes, la burguesía, la propiedad privada. Así era posible una planificación desde el punto de vista del interés de las amplias masas sociales: se puede ejemplificar por el intenso ritmo de desarrollo de estos países durante muchos años, frenado precisamente, entre otras cosas, por la lucha militar entre la URSS y los EE.UU., que obligó a la economía soviética a llevar adelante una transformación que desarrolló en forma desigual al sector vinculado con la defensa militar y la tecnología militar, con respecto al sector de producción de consumo para las masas.

De esta manera, se fue generando una incompatibilidad de este sistema para responder en los últimos años con mayor eficiencia a la producción de consumos de masas. Se generó así una disconformidad general y, finalmente, lo catastrófico de este proceso: su capitalización no por los sectores populares; hubo una suerte de revolución capitalista inconsciente. Es decir, los sectores fundamentalmente intelectuales, y una parte de la burocracia, impulsaron una transformación a favor del libre mercado y del capitalismo.

La característica de esta transformación, que empezó en los años '70, es que en esos años terminó el ciclo de expansión del capitalismo de la posguerra y empezó un ciclo de crisis, caracterizado no porque los países retrocedieron con respecto al pasado, sino porque crecieron de una manera cada vez más residual y, a la vez, lo hicieron a un ritmo, en conjunto, mucho menor que el de los años '50 y '70.

A principios de los años '70 no se tenía una idea aproximada de lo que en realidad estaba pasando pero, lo que sucedió fue una reconversión de esta economía capitalista. Ella significó, en primer lugar —esto fue más evidente con el tiempo—, una ofensiva del capital contra la clase trabajadora a cuenta de que el mundo de la bipolaridad, la presencia de la Unión Soviética y los países socialistas, permitían en el

mundo del capitalismo una política en la periferia de alcance más nacionalista de lo que sería un capitalismo unificado como lo vemos ahora.

La concentración del capital lleva, invariablemente, a la internacionalización. La concentración del capital a nivel mundial significa la internacionalización del capital; es el fenómeno éste del que tanto se ha hablado: la globalización. Pero este fenómeno no pudo desatarse en toda su virulencia, más que en el momento en que era evidente que la batalla de esta especie de tercera guerra mundial estaba perdida para el campo de lo que fue el socialismo.

A partir de ese momento, el capitalismo recupera la hegemonía, no sólo económica sino política y militar sobre el mundo, una hegemonía absoluta. Esto implica fatalmente que el costo de la reconversión puede caer sin límites sobre la clase obrera y los países de la periferia.

En un cable de la agencia Reuter, no publicado en ningún diario argentino, un dirigente europeo expresa que la caída del Muro de Berlín se muestra en realidad como una ofensiva contra los trabajadores del mundo, y como una ofensiva en gran escala y como nunca la hubo antes contra los sindicatos.

Esto es totalmente cierto. La ofensiva del capital tiende a obtener un nivel mayor de excedente para poder realizar esta reconversión; y el terreno en el que se dirime esta reconversión, el de la lucha entre el capital y el trabajo, es precisamente el terreno de la tecnología. Y no me refiero al terreno de la revolución tecnológica; la lucha entre el capital y el trabajo se expresa en la forma de trabajo que presenta una sociedad y también en el grado de productividad que puede arrancar el capital al trabajo y, a la vez, en qué medida puede apropiarse del excedente de ese capital.

La revolución tecnológica que estamos viviendo permite una productividad mayor y, a la

vez, una mayor marginación. De esta manera, la apropiación de excedente viene por una doble vía: por vía de una mayor productividad en las industrias de avanzada y por un retroceso del salario real, y viene también por una sobreexplotación y recolonización del Tercer Mundo. Porque la reconversión en sí consiste no sólo en el cambio y adaptación a las nuevas formas imperantes de la tecnología, de las disciplinas en las fábricas, de la organización social, del nivel de los ingresos, sino que representa una reconversión de todo esto en función de un excedente mayor que extrae el capital para reorganizarse y superar por vía de esta revolución tecnológica, con profundas implicaciones sociales y políticas para recuperar la tasa de ganancia que venía perdiendo en forma sistemática entre los años '60 y '70, que fueron los años en que el capitalismo del ciclo anterior llegó a su expresión más desarrollada y, a la vez, en el que las masas pudieron tener una participación mayor en el ingreso como término medio.

Actualmente, esa participación en el ingreso está decayendo no sólo en el Tercer Mundo sino incluso en los países más avanzados. Por supuesto, ésta es sólo la primera parte de la ofensiva. Digo esto porque implica reconversión para todos pero es una reconversión tecnológica sólo para algunos. Lo que pasa es que la reconversión tecnológica en las áreas de mayor densidad de capital implica una división internacional del trabajo diferente, un distinto uso de las materias primas, un distinto uso de los trabajadores en los procesos de trabajo, y significa, en primera instancia, mayor marginación por un mayor grado de desocupación medio de la fuerza laboral, tanto en los países del Primer Mundo como sobre todo en los del Tercero.

El gran dilema que presenta esta cuestión es que no hay resistencia contra esto: en los años '70 todavía se podía hablar, o a principios de los '80, como lo hizo el teórico egipcio Samid

Amin, de la desconexión del sistema mundial.

La desconexión podía aparecer todavía como una posibilidad. Entiendo por desconexión no una desconexión completa del sistema mundial sino una relativa y fortaleciendo ciertas economías nacionales, a pesar de la internacionalización creciente por el hecho de que había un sistema social y una forma de acumulación diferente en el mundo. Pero esto hoy ya no existe. Entonces, el dilema para países como el nuestro, una de las grandes cuestiones que se plantean, es que si nosotros decimos no a la reconversión nos marginamos de esta economía mundial, y marginarse quiere decir entrar en lo que seguramente va a ser la periferia de la periferia, el cuarto mundo, en el que algunos países van a vivir quizá durante muchos años completamente marginados desde el punto de vista económico, cultural y social de lo que es la civilización actual.

Dicho así esto puede aparecer como que no nos queda otro camino más que la reconversión. Yo diría que, en principio, es así, pero que la forma de la reconversión resulta algo que hay que poner en discusión y que todavía la sociedad no tiene totalmente claro.

La reconversión es necesaria desde el punto de vista del mantenimiento dentro del sistema mundial, porque lo otro significaría la africanización de los países que no la intentarían.

Los casos donde se observan todas las contradicciones incluyen a China y a Cuba. Ambos países, cada uno a su manera y de dos maneras muy diferentes, están intentando —en el caso de China con mucha más intensidad— reconvertirse al sistema mundial sin haber perdido la propiedad estatal. China está privatizando un sector de su economía. En las áreas más avanzadas está previsto que esta privatización, bajo la forma de alianza con el capital extranjero, puede llegar incluso al orden de un 50% en estas ramas. Pero detrás de ellas, hay otras ramas más livianas como la agricultura, donde

persiste la pequeña propiedad y la colectivización. Y, por otro lado, persiste la planificación centralizada.

No estoy haciendo una defensa del régimen chino, simplemente digo que en condiciones distintas se está operando una de las reconversiones más intensas de este momento. Porque la reconversión exitosa que nosotros conocemos es la de los países capitalistas como Corea del Sur, Taiwán (no hablo de Hong Kong porque no son países sino ciudades-Estados), pero es cierto que estos países han logrado un cambio muy importante en su estructura económica; el capitalismo se ha transformado, se ha transformado la estructura social, ha realizado reformas profundas.

Después, están los países como los que integran América Latina con un grado de industrialización (me refiero a los tres países más grandes y a Venezuela y quizá Colombia, México, Brasil y la Argentina) que pueden estar en el límite (es decir, si la reconversión sí o si la reconversión no). Tienen una fuerza como para tratar de reinsertarse en este sistema mundial. Los otros países, me da la impresión que van a quedar a la zaga. Es decir, que no podrán reincorporarse al sistema mundial y quedarán en un grado de postración económica y social peor del que conocimos. Por lo menos durante muchos años y, si es que no sucede un cambio político de envergadura, y hasta que el capitalismo —si es que puede— retome una producción universal en ascenso como en cada una de sus reconversiones anteriores lo hizo.

Quiere decir que estamos en el límite; somos de los países que quizá podamos reconvertirnos o no pero, como decía muy bien Arceo, no es una decisión académica o de modelos que se eligen. Es una consecuencia de la naturaleza de las clases dominantes.

Entre estos tres grandes países de América Latina —México, Brasil y la Argentina— existen grandes diferencias. México es el único país de

América Latina donde ha habido una revolución que modificó las características del estado oligárquico típico de la periferia. Esta revolución tuvo como base una revolución campesina popular y no pudo ofrecer una estructura social ni de poder que permitiera a las clases que se movilizaban para revolucionar el país que les permitiera una salida. Es decir, ni el campesinado ni las masas pobres de las ciudades pobres en México, en 1910, tenían alternativa para insertarse en el mercado mundial y ni siquiera proyecto político. Por lo único que luchaban era por una mayor democracia y por la tierra, y esto fue capitalizado por una burguesía del Estado que construyó un país a partir de un férreo dominio del Estado, disciplinando a una nueva burguesía industrial. Como consecuencia, en México, a pesar de su estrecha relación con el imperialismo, nos encontramos con una burguesía del Estado, que alimenta una burguesía industrial sin las limitaciones de la clase dominante argentina.

En Brasil, la oligarquía primitiva también se vinculó con el mercado mundial por medio del café y tuvo que cambiar hasta transformarse en burguesía industrial, porque no le quedó otro camino. Y aunque es una burguesía industrial periférica, y dependiente del imperialismo, tiene motivaciones para el desarrollo del mercado interno y de la industria mucho mayores que las de la burguesía argentina.

Lo que pasa es que la burguesía argentina en gran medida ha quedado igual a sí misma. Los fundadores del Estado argentino, que se insertaron en el mercado mundial a fines del siglo pasado, fueron ampliando su base de alianza con otros sectores sociales y, en cierto momento, perdieron el poder político pero no el control de la economía y de la sociedad. Y este sector, modificado y transformado con una alianza más amplia con nuevos sectores industriales limitados, es decir con una especie de nomenclatura —los capitanes de las industrias

a los que le dieron los subsidios del estado para que crecieran como tales— han forjado una clase dominante sin horizonte de transformación y de reforma. Incluso, con respecto a los modelos brasileños y mexicanos, y sea cual fuere la suerte de estos modelos en esta verdadera máquina de picar carne que va a ser la reconstitución del capitalismo.

Por lo tanto, plantear una política de reconversión desde este punto de vista se hace bastante conflictivo porque, por un lado, hay que reconocer que la reconversión existe, que el capitalismo ha ganado la guerra para esta reconversión, que ha logrado sumar al país que representaba el sistema social basado en principios contrarios al capitalismo, que ha logrado que la Unión Soviética y la Europa del Este hayan entrado en el camino de la privatización y de la transición hacia el capitalismo. Que este camino sea complejo y difícil de cumplir, que haya una crisis enorme, que aparezca como muy difícil, muy poblado de enormes crisis sociales y políticas, pero no implica que ésta sea la situación.

Entonces, tenemos que dar respuesta a una pregunta: ¿Cómo orientamos en la sociedad argentina la conciencia de una forma de reconversión que dé unas bases mayores para la industrialización y la expansión del mercado interno, porque como el capitalismo está en crisis lo que importa es que se incorpore la mayor cantidad de gente, de trabajadores a una economía integrada al mundo, para que pueda participar más activamente en los cambios que necesariamente va a haber. Porque el capitalismo está en crisis, pero esto no es una frase. EE.UU. ha dejado de ser la potencia capitalista de mayor productividad en el mundo. Hoy está ubicada en el 5º lugar, ya no sólo atrasada con respecto a Japón y a Alemania, sino incluso la productividad media del trabajo es inferior a la de Suiza.

Para que tengan una idea, hace veinticinco

años de los ocho rubros que se consideraban fundamentales para tener la hegemonía dentro del capitalismo, EE.UU. tenía la avanzada en productividad en siete de estos sectores. Sólo uno pertenecía al Japón.

Hoy, EE.UU. sólo puede hablar de ventajas comparativas y competitividad mayor en tres sectores de estos once. El resto pertenece a Japón y Alemania. Es decir, que la recomposición del capitalismo se hace sobre la base de una pelea por la hegemonía, pero no en los términos conocidos, sino en nuevos términos. Porque este capitalismo está internacionalizado y, a la vez, se hace sobre la base de la pretendida incorporación del sector que fue el campo socialista a este nuevo mundo como una nueva periferia.

Si esto se logra o no es una incógnita política. En cuanto a la periferia, no se ve a nadie que pueda romper este nuevo orden que impone el imperialismo. Pero éste está en crisis, y esta crisis la vemos en muchos aspectos: el problema cercano de Los Angeles no fue una casualidad. La rivalidad con Japón no es una casualidad. La forma que está tomando el poder político en los EE.UU., la que va a representar Perot, en caso de que ganara las elecciones e incluso la aparición de una tendencia política de esa naturaleza. El hecho de que empieza a ser una incógnita si Europa va a poder realmente unificarse o no; no sólo Dinamarca dijo que no; apareció el otro día un trabajo de economistas alemanes que se oponen a la unificación. Por otro lado, está la enorme crisis del Tercer Mundo, la creciente marginalización de sectores sociales, la vuelta de enfermedades que se creían superadas.

Este no es un mundo tranquilo y la victoria que ha tenido el capitalismo es una victoria marcada por una serie de contradicciones que, a la larga, creo yo y digo esto para terminar, van a tener su respuesta en todos los países desde el campo popular.

Pero esta respuesta seguramente nosotros no nos la podemos imaginar pero lo que sí debemos tener es la flexibilidad de pensamiento suficiente para ver que enfrentamos un nuevo problema. Un nuevo problema que implica el nacimiento, a la larga, de una alternativa política que va a tener que plantearse en todos los países seguramente, y quizá con una gran proyección internacional, porque se ha internacionalizado el capital y también se van a tener que internacionalizar los movimientos de resistencia al capital.

¿Por qué? Porque el avance de la manera como lo está haciendo el capital está implicando un aumento del nivel de pobreza, está implicando una creciente expropiación de los ingresos de los asalariados y una situación práctica

de irresolución de los problemas políticos más graves.

Entonces, y para terminar, yo creo que el capitalismo ha salido triunfante de esta reconversión, la reconversión se impone, es un hecho ante el cual no tenemos alternativa inmediata pero está el capitalismo en medio de una crisis y esta crisis va a generar la necesidad de respuestas alternativas.

Esto va a empezar, de una manera u otra, a iluminar el camino del futuro. Pero siempre y cuando sepamos diferenciar condiciones distintas, que estamos luchando en un terreno diferente y que el mundo de los '70 —en el que nos pareció que teníamos todo a la vuelta de la esquina— desafortunadamente ha desaparecido.

EXPOSICION DE Oscar Cardoso*

Por primera vez, en algo más de una década, encuentro razones para ser optimista. Las mismas condiciones que han delineado tanto Arceo como Abalo, y que parecen pintar un panorama bastante sombrío, encierran un descubrimiento reciente —del último año y medio de observar detenidamente el proceso de evolución mundial— y que son las claves para el optimismo.

Sólo hace falta saber convivir con las paradojas, desprenderse de la cuota de nostalgia que suponen las certezas personales, con las cuales la mayoría de los que estamos en este recinto nos criamos y nos fuimos formando.

Decir que una mala noticia o un mal panorama encierran el embrión de lo bueno no es exagerar. Cuando Keynes hacía sus críticas a los clásicos, y en particular de la mano invisible de Adam Smith que iba a arreglar todo en el largo plazo, decía que el problema del largo plazo consistía en que todos estaríamos muertos. Bien, señores, estamos muy cerca del largo plazo, estamos al borde del largo plazo. Ergo, nos pasa como a muchos ejércitos que retroceden para preservarse frente a un enemigo superior, y llega un momento donde no vale la pena retroceder porque atrás está el vacío. No estoy instando a nadie a hacer el paso de las Termópilas contra el avance del capitalismo; lo que estoy diciendo es que es un momento excelente para repensar la situación.

Veamos algunos datos. Parte de mi trabajo consiste en viajar, pasar períodos más o menos

prolongados en otros lugares y observar; se me paga por observar. Se me paga por hablar con la gente y se me paga por leer. Es mucho mejor que tener que trabajar para vivir.

Efectivamente, estamos en un proceso de reconversión de características globales. A diferencia de Arceo, quien dijo que había que evitar las características regresivas de esta reconversión, yo creo que éstas ya han sucedido. No hay lugar en el mundo en el que haya estado en los últimos dos o tres años donde no vea las características de esta regresión.

La clave está en una definición aparecida en una de las Encíclicas de Pablo VI, en aquella en que se dice que la extrema pobreza, en cualquier lugar del mundo que se produzca, amenaza la extrema riqueza en cualquier lugar del mundo que ésta tenga lugar. Esto es lo que se está verificando actualmente.

Muy poco tiempo después del autogolpe de Fuyimori —y vuelvo a las anécdotas— estaba yo en Lima, en casa de un amigo, en el barrio de San Isidro. No sé si alguno de ustedes conoce Lima, pero el que sí la conozca sabrá que Miraflores, San Isidro, San Borja, forman parte de la ciudadela hoy sitiada. Hacía dos años que no iba a Perú y la encontré como el “Palacio de la Máscara Roja de la Muerte” del cuento de Poe, donde la peste se encuentra afuera, el príncipe cierra el palacio y decreta una fiesta permanente para evitar tener que enfrentarse con ella. La metáfora del cuento es que los invitados bailan y bailan en los salones del palacio hasta que, en un momento, se encuentra con la máscara roja de la muerte, la peste

* Periodista especializado en temas internacionales.

que había entrado. Esta ciudadela del cuento de Poe parece exactamente el barrio de San Isidro, de Miraflores, de San Borja.

Estaba en la casa de un amigo que pertenece a la minoría opulenta del Perú, y él me mostraba la ventaja de la última antena satelital que había traído consigo de un viaje a Europa. En su casa había aparatitos para hacer todo. Estaba tratando de sintonizar la BBC, captada en directo, cuando se cortó la luz a raíz de un desperfecto o un sabotaje en una de las centrales de Lima, cosa que resulta muy frecuente. (Es frecuente porque "Sendero" o el "Movimiento Tupac Amaru" las elige como blanco y también porque el parque peruano se encuentra obsoleto. Por cualquiera de las dos razones.)

En síntesis, nos quedamos sin luz y su casa llena de aparatitos se convirtió en una cáscara vacía, no se podía utilizar nada. No importa cuánta riqueza se concentre, la extrema pobreza la vuelve vulnerable.

Lo mismo puedo decir de EE.UU., país que ya lleva el 10% cayendo por debajo de la línea de la pobreza. Por supuesto, algunos sectores sociales más que otros, pero también en los sectores que son étnicamente parte del sector dominante de la sociedad.

Nunca —y había viajado el año anterior a Washington— había visto lo que vi este año; a las 4 de la tarde hay colas de latinos y de negros en los espacios verdes, esperando el camión de los alimentos, el reparto de la ración. El primer día, el pan se estaba agotando; hubo que hacer una maniobra de emergencia por parte de la Intendencia de Washington para conseguirlo.

¿Qué quiero decir? Lo que está amenazado no es ni la racionalidad de la reconversión, ni siquiera la forma en que ésta conserva escandalosamente la riqueza, ni siquiera el sistema. Lo que está verdaderamente amenazada es la legitimidad política en la cual se sustenta esta reconversión, esta transformación.

Si ustedes van hoy a las librerías grandes de

cualquier ciudad norteamericana van a encontrar lo que ellos ubican como "asuntos de hoy", que sería la ensayística sobre temas sociales, políticos, económicos, etc.; una ola auténtica de libros, de autores norteamericanos, muchos de ellos de gran prestigio internacional, cuya reflexión está vuelta hacia este problema todavía en forma embrionaria, todavía con el signo de la culpa. Es decir, se flagelan o flagelan sus propias convicciones —que en el caso de los intelectuales es como flagelarse físicamente—, aunque su trabajo cotidiano siga siendo el de aportar racionalidad y sostenimiento al sistema.

Hace algunos años un economista, premio Nobel, explicó que el fenómeno del reaganismo en EE.UU. y el thatcherismo en Inglaterra había sido posible sólo porque estas personas, y quienes las secundaban, habían descubierto que en un contexto de marginalidad económica creciente, de creciente expulsión del sistema, el infligir pobreza a sus gobernados no era punible políticamente. Este era el secreto, la clave: se expulsaba gente del sistema, votaban menos. Esto que dijo este economista en el año '79 lo amplió ahora otro economista de gran prestigio, un keynesiano, en un libro que se acaba de editar en EE.UU. y en España —que yo les recomiendo con el mayor de los entusiasmos—, "La mayoría satisfecha", donde explica que a partir de este dato —aunque no lo menciona pero hace el mismo razonamiento— hubo en los fines de los años '70 y comienzos de los '80 un pacto entre aquellos que eran los grandes beneficiarios de la concentración del capital. Para que ustedes se den una idea: el 20% más rico de la sociedad norteamericana y el 20% más pobre ha crecido desde el comienzo de la década del '70 casi un 130%. Es una abstracción pero, de todas maneras, sirve como indicador. Entonces, hubo un pacto entre los que efectivamente quedaron dentro del sistema.

El pacto es el siguiente: los que son beneficiarios directos de esta concentración de la riqueza, por supuesto, trabajan en el modelo de exclusión, y los que reciben algo pero no tanto, suficiente pero no mucho, aportan su consenso participando en el tema político a cambio de que ese grupo menor que concentra la riqueza le garantice la recepción de su parte.

Es sencillo como el agua. Es tan sencillo que realmente nosotros no lo vimos. Por supuesto que esto se fundamenta en complejas leyes económicas y políticas pero, de todas maneras, el fenómeno es observable.

Esto es lo que está en quiebre. Yo soy más optimista ahora de lo que, en retrospectiva, creo que pudiera haber sido a fines de la década del '60, cuando nos dedicábamos a estudiar el vaticinio de Lenin de que el capitalismo norteamericano haría colapso en la década del '50. Eso lo estudiábamos cuando habían pasado diez años y no se había producido.

Los Angeles tiene mucha más realidad, más encarnadura. El dilema norteamericano pasa por algo que ustedes van a encontrar en los noticieros de televisión norteamericanos, en las radios, en los diarios y es el dilema de las ciudades, del interior de las ciudades. No es casual que esto se produzca en el interior de las grandes ciudades, donde se concentra el poder de decisión. Las sedes centrales de las empresas, de los partidos políticos, de las administraciones, de las organizaciones sociales no tienen sus oficinas centrales en la periferia de la ciudad. Es decir, conviven y conviven en forma muy cercana, a pesar de que el gerente de IBM viva lejos del centro de la ciudad, lejos del centrosur de Los Angeles que fue el epicentro del fenómeno.

El tema es que este sistema, esta alianza política que dio legitimidad a este fenómeno de creciente marginalidad social, no sólo necesita sobrevivir en los países centrales, sino que además necesita tener garantías para reprodu-

cirse en las áreas que hoy convocaron a esta charla: en la Europa que dejó de ser socialista, en la parte de Asia soviética que dejó de ser socialista y en América Latina, donde dicen que también dejamos de ser socialistas aunque nunca nos enteramos que fuimos.

Si este fenómeno, esta alianza que aporta legitimidad está en crisis en el mundo, va a ser mucho más que difícil trasladarla con características de esterilidad a la periferia. Por supuesto, hay una salida buena y una mala. La primera sería que nosotros, como llegamos tarde a todo, también lleguemos tarde a este paraíso neoconservador y quizás podamos ver con un poco de esfuerzo de imaginación el futuro propio reflejado en otras partes y haya posibilidades de aprender.

Las grandes transformaciones de los modos de producción humana han sido siempre impuestas a los pueblos en forma compulsiva y, en una segunda fase, alguien comenzó a preocuparse por el niño que dormía frente al telar esperando su turno. Nosotros estamos en esta segunda fase, el mundo está en esta segunda fase, y nosotros podemos estarlo siempre y cuando garanticemos algunas condiciones básicas: una continuidad del sistema de convivencia democrática, una adecuada recomposición de los lazos de solidaridad de la sociedad, la recomposición del tejido social que en todas estas sociedades y más en la nuestra ha sido profundamente dañado. Tan dañado que no hay todavía literatura que refleje este daño, literatura científica. Debe haber sido muy grande para que no lo hayamos podido sistematizar.

También debemos garantizar como respuesta a esto el Pacto de Hobbs, Leviatán que es lo que tienen por delante las sociedades industriales hoy. Es esta suerte de hermano mayor de Orwell que es sin duda Perot, un fascista estructural. (No un fascista en términos ideológicos.) Estaba en Miami cuando él hizo un acto. Fui a verlo por curiosidad, y me puso

los pelos de punta.

Si se logran evitar los brotes de temor, la tentación totalitaria, esto que Hobbs decía en una situación de caos —y para terminar con el caos los individuos somos capaces de darle a cualquiera que nos garantice el retorno a la estabilidad, la suma del poder. No otra cosa es el Levistán—, si nosotros evitamos lograr esto y la presión intelectual de la nostalgia, si logramos combinar estas cosas que necesariamente nos van a llevar por el camino de la reconstitución de las organizaciones sociales, lo más dramático es que esta etapa de pico de reconversión se da en una etapa de paralelo deterioro de las estructuras sociales de canalización. Una de las cosas más desoladoras en Miami, por ejemplo, es ver el enfrentamiento entre negros y latinos. Si hay algo por lo cual un negro dejaría de pegarle a un policía es para pegarle a un latino.

Si nosotros logramos combinar estos tres o cuatro elementos y algún otro más que seguramente a mí se me escapa, hay una buena posibilidad por lo menos de realizar una ingeniería genética del modelo.

En medio del páramo que hoy nos puede parecer la realidad para quienes no estamos ni entre el 20% más favorecido ni entre el 40% que se favorece pero no tanto, o que estando, todavía no pensamos que la mejor forma de conservar una situación de privilegio relativo es distribuir los beneficios, porque esto es lo único que me da estabilidad en el tiempo a mi beneficio, hay una buena oportunidad y voy a citar a Octavio Paz, insospechable de ninguna veleidad izquierdista: "Hay una posibilidad de no quedar atrapados en el mercado que es un sistema que sabe todo de precios pero nada de valores".

Gracias.

PREGUNTAS A LOS PANELISTAS

¿Que los grupos de poder económico en los países subdesarrollados elijan o se sometan a este modelo de exclusión y marginalización, ¿no los conduce a una situación de “escupir al cielo”, fomentando, además, el sometimiento a la violencia social económica —llámese terrorismo, virulencia, etc., etc.?

C. ABALO: No sé si está comprendida la pregunta. Evidentemente, si se avanza en un proceso de marginación, los grupos económicos de origen local verían afectados sus privilegios por la violencia que eso desencadena.

En cierta medida, esto es así, pero no tienen otra manera de hacerlo. La internacionalización y la globalización implican que se transnacionalicen y se internacionalicen ciertos sectores de las burguesías locales. Entonces, hay una carrera loca hacia “eso”, porque el que pierde, perdió para siempre. De ahí las violencias de los procesos de hiperinflación, de ahí la violencia de estos procesos de semihiperinflación, porque la están controlando a medias en la Unión Soviética.

Sólo un sector de la clase dominante nacional se va a incorporar a este nuevo ciclo. Prácticamente sus límites están definidos. Con esto generan marginación y, en cierta medida, crean una situación de política de ilegitimidad. Ellos corren esta carrera con el convencimiento de que se tienen que salvar; y la salvación es un proceso muy reducido e implica gran marginación (hablo de marginación en el sentido más amplio de la palabra; no sólo marginación de los marginados sino marginación creciente de los sectores de la clase media que se empobrecen, viven pero empobrecidos). Esto crea una

ilegitimidad política, menos servicios (de ahí las movilizaciones). La sociedad se siente no sólo expropiada por no tener trabajo sino que, para aquellos que lo tienen, el trabajo no les rinde un salario suficiente. Hay una total indefensión frente a todas las cuestiones sociales, antes resueltas por vía del salario indirecto que representaba el gasto público. Actualmente, ese gasto público sirve para pagar la deuda, pero ésta resulta el costo de la internacionalización de estos sectores. El tema de la deuda se centra no tanto en quiénes le debemos sino en quiénes son los sectores beneficiados, los que crearon la deuda y la trasladaron al conjunto de la sociedad para que la pague y para que ellos puedan salvarse.

Fatalmente, la forma que toma este capitalismo internacionalizado, cada vez más concentrado, conduce hacia sociedades donde la violencia se generaliza, y la ilegitimación de las salidas políticas se hace ilegítima.

El problema es que con esto solo no es suficiente; lo suficiente no es cómo se pelea desde la marginación o desde la desesperación sino cómo se pelea desde la concreción de una salida. Por ejemplo, cuando los artesanos en las ciudades se vieron privados de sus trabajos, y los primeros obreros se encontraron con las primeras máquinas en las fábricas, en las manufacturas, las destruyeron. Incluso, la destrucción de máquinas se volvió a repetir en otro ciclo del capitalismo en los EE.UU. en los años '20. Y sabemos que la solución no es destruir la máquina, sino cómo se organiza la sociedad para que la mayor productividad que genera esa máquina pueda ser útil y beneficiosa a la

mayoría, por medio de una administración legítima del Estado.

En cuanto a la pregunta: es cierto, se margina, pero el capitalismo en general produce esta marginación y sabe que es peligrosa. Por eso se hace cada vez más violento, aunque la marginación subsiste, debido a que la concentración de poder en un polo lleva fatalmente a la concentración de la miseria en el otro.

Coordinador: Existe una inquietud generalizada en las preguntas que han llegado y que podemos sintetizarla en una sola, para luego dar por finalizada la mesa de hoy.

Me refiero al tipo de inserción que le toca a la Argentina de proseguir en este camino, la perspectiva de una nueva alternativa, con qué sectores sociales y qué papel habría para el Estado y si la crisis del capitalismo de la que se habla sólo hace centro en EE.UU. o también puede englobar a otros países que *"aparecen como exitosos"* en este modelo, como Japón y Alemania: una profundización en cuanto al tema de alternativas y tipos de inserción y rol del Estado y si la crisis del capitalismo engloba a otros países capitalistas.

E. ARCEO: Vamos a contestar en primer término, muy brevemente, las preguntas referidas al contexto internacional. Es obvio que la crisis de legitimidad no alcanza solamente a los EE.UU. En Japón aumenta el descrédito del sistema político como consecuencia de los reiterados casos de corrupción. En Europa asistimos a una ruptura del electorado con los partidos tradicionales, al resurgimiento de la extrema derecha, del racismo, de los micronacionalismos. Estos fenómenos expresan, en forma primitiva e irracional, el resquebrajamiento del tejido social resultante de la crisis y de la deserción por parte del Estado de las obligaciones asumidas desde la posguerra, así como la creciente impotencia para incidir sobre las decisiones de un poder regido por una lógica tecnocrática que es, en

última instancia, la lógica del gran capital. La peculiaridad de EE.UU. en este contexto es la unificación de dos crisis: la derivada de la pérdida de su rol hegemónico y la común a todos los países capitalistas.

Respecto a la actual inserción de la Argentina en el mercado mundial, señalemos que sus exportaciones provienen, en primer lugar, del sector agropecuario pampeano. La producción agrícola ha experimentado una profunda revolución a nivel mundial y deviene crecientemente un área de la producción industrial, hecho que ha determinado un acelerado crecimiento de la productividad y un marcado descenso en el precio relativo de sus productos. Las ventajas de la Argentina en este sector derivaban esencialmente de los bajos costos provenientes de un método de producción muy extensivo. La revolución tecnológica, que se desarrolla a partir de los años cincuenta, ha hecho relativamente menos caro producir en forma intensiva, es decir, con menos tierra. Se asiste por lo tanto a un rápido deterioro de los términos del intercambio en relación a los productos manufacturados y a una sustancial reducción de la renta en que basó su riqueza la Argentina de principios de siglo.

En segundo lugar, la Argentina exporta *"commodities"* industriales (laminados y tubos de acero, aluminio, productos de la química orgánica, etc.). Son bienes que emplean una tecnología ampliamente difundida y cuyo costo depende esencialmente de la edad de las instalaciones y de la escala de la planta. Su producción no requiere un desarrollo tecnológico local; las instalaciones se compran llave en mano, y los países periféricos de mayor desarrollo relativo tienen un peso creciente en este tipo de exportaciones. Pero en general exportan, al igual que los países centrales, el exceso de producción en relación a la demanda local y las *"commodities"* tienen un peso reducido dentro de sus exportaciones totales. Es que se

trata de productos que, por las características indicadas, están sujetos a fuertes oscilaciones de precios y a un acentuado deterioro de su precio relativo en el largo plazo.

Esta inserción de la Argentina en el mercado mundial explica que, entre 1980 y 1988, haya debido incrementar en un 39% el volumen de sus exportaciones para aumentar en un 3% su capacidad de compra. Ello implica una gigantesca transferencia de recursos al exterior y un crecimiento absolutamente empobrecedor.

Hay, por supuesto, otros sectores exportadores que crecen: combustibles, pesca, frutas, hortalizas. Su volumen es todavía relativamente reducido, y si dejamos de lado los combustibles y pensamos en la entidad del "milagro" chileno en los restantes rubros, es fácil llegar a la conclusión de que los mismos están destinados a tener un escaso impacto sobre la economía argentina. Con el agravante de que no tenemos en ellos una ventaja asimilable a la que gozaba el área pampeana y que nos permitió obtener una elevada renta internacional. Los bajos costos van a depender esencialmente, en estos rubros, de la reducida distribución del trabajo, y la expansión de su exportación va a estar ligada también a un tipo de crecimiento empobrecedor.

La Argentina se ha situado, por la forma en que se ha saldado la lucha de clases a mediados de la década del setenta, al margen de los sectores de mayor crecimiento de las exportaciones mundiales y su participación en éstas se ha reducido desde 1970 a la actualidad en más de un 50%. La desindustrialización y, en especial, la desestructuración del complejo metalmeccánico le ha impedido aprovechar la expansión del comercio de manufacturas y de maquinaria y material de transporte, donde las exportaciones de los países no desarrollados han crecido desde 1970 a tasas superiores al 19% y el 25% anual acumulativo, respectivamente.

Es ésta la inserción que posibilita una burguesía periférica situada en sectores de escaso dinamismo dentro de la economía mundial y carente de todo interés, por las características de los sectores industriales en que está implantada, para implementar un desarrollo tecnológico propio.

El ajuste y la reconversión realizados por esta burguesía, aun siendo exitosos bajo el punto de vista de sus intereses, van a colocar a nuestro país al margen de las corrientes comerciales ligadas al desarrollo de la nueva forma de producción. El objetivo de una reconversión no regresiva es incorporar y controlar la nueva forma de producción que se desarrolla, y ésta es una tarea demasiado seria para que la aborde la cúpula del capital local. El problema de la reconversión, como problema nacional, es pues estructurar una alianza que asegure, al menos, un desarrollo de las fuerzas productivas acorde con las exigencias de la expansión del capital en la Argentina, pues esta burguesía no lo asegura.

El poder económico que ella concentra torna, sin embargo, altamente improbable que este objetivo pueda alcanzarse sin grados de organización y movilización popular que planteen el esbozo de nuevas relaciones sociales. Este hecho nos remite a la problemática relacionada con la reconstitución del Estado.

La destrucción de éste como aparato susceptible de ser puesto al servicio de un cierto desarrollo tecnológico, el abandono de las funciones destinadas a asegurar un mínimo de bienestar social, el deterioro de la educación pública en todos sus niveles y la virtual desaparición de la investigación universitaria, innecesaria en un modelo de acumulación que no incorpora la tecnología como variable de desarrollo, está cerrando el futuro a una gran parte de nuestra población.

Pero de lo que se trata no es de reconstruir un Estado cuya función esencial ha sido trans-

ferir excedente a la burguesía. Sino de erigir un aparato que sirva de medio efectivo para el control social de la asignación de una parte sustancial del excedente. Esto supone una radical profundización de la democracia y una gran capacidad de innovación social para consolidar una amplia alianza que pueda abordar la amalgama de tareas nacionales y sociales, sin cuya concreción esta reconversión tiene ya sellado su destino.

O. CARDOSO: Con respecto al fenómeno de reconversión quiero tomar una frase de Arceo cuando dijo: "...esta extraña mezcla de tareas sociales y nacionales...". Yo creo que es vital detener el proceso de deserción del Estado. Esto me parece una tarea clave en lo interno y también en lo externo. Los fenómenos de despunte de nacionalismo y de recuperación del espacio del nacionalismo, tras la caída de las promesas de universalización, están indicando el regreso de las ramas que se tensaron durante varias décadas, y hoy regresan con la fuerza del que las soltó. Esto lo vemos tanto en Europa y, más dramáticamente, en Yugoslavia. Hay todavía en un mundo globalizado —para utilizar un término frecuente— espacio para las decisiones nacionales. Más que espacio diría necesidad.

Por supuesto no voy a defender la fantasía desarticuladora que uno puede encontrar entre checos y eslovacos. No voy a hacer una defensa de los tres mil italianos que nunca hablaron italiano —hablan alemán— y quieren anexarse a Austria o a Alemania. No es esto. Lo que sí creo es que hay una necesidad interna para mantener el equilibrio. Voy a regresar a un pensamiento también imputado de viejo: el pensamiento cepaliano de los años '50 y '60, que creía en la tesis del capitalismo periférico: cada vez que hay una contradicción entre proceso económico y proceso democrático, la resolución se resuelve contra el proceso demo-

crático. Esto sigue siendo tan válido hoy como entonces; lo abonan los datos históricos.

Entonces creo que es necesario evitar la deserción estatal, sin que esto signifique soñar otra vez con el control de las empresas públicas que no tienen ningún sentido, sin que esto signifique decirle no al proceso de reconversión. Hay un ejemplo que no se puede trasladar, pero sí utilizar como enseñanza. Es el caso de la restauración Meilli en Japón del siglo pasado. Cuando ese país quiebra su estructura feudal, regresa a la unificación y una clase dirigente muy lúcida se detiene a examinar qué de los valores propios se conserva y qué se concede. Creo que éste es el camino.

Y creo que esto pasa, insisto, por evitar que la reconversión se transforme, como está siendo efectivamente transformada, en deserción del Estado.

En el segundo caso, la inserción internacional de la Argentina, creo que circunstancias internacionales: las crisis y el colapso del sistema socialista "cuartelero" (por utilizar un término que los propios ex-soviéticos utilizan), la crisis del modelo de hegemonía norteamericana, aun las crisis larvadas que se producen en Europa, en este repentino brote de rechazo frente a la integración política de la comunidad, son indicadores para tener en cuenta. Pero no invalidan la realidad de gestación de grandes espacios económicos. En este sentido, la Argentina tiene tareas pendientes con sus vecinos: MERCOSUR, por ejemplo, con lo imperfecto que puede ser, como decía Gorbachov de la Perstroika: "*No es el mejor lugar hacia donde ir sino el único*".

Transformar debilidades nacionales en módicas fortalezas regionales, aunque esto suponga sumar pobreza, es de hecho una respuesta válida y probablemente la más válida que tengamos.

C. ABALO: Yo simplemente mencionaré tres

cosas. Primero, en cuanto al tipo de inserción actual. Efectivamente, creo la Argentina ha hecho algo así como una reprimarización frente al desarrollo que han tenido ciertas ramas más complejas en el conjunto de la economía mundial. La Argentina en esto no ha avanzado; su reconversión está hecha a la medida de su clase dominante. Lo único que puede notarse es que sí ha habido una importante transformación en el campo en los años de la dictadura, pero ésta es insuficiente como para hacer saltar la distancia entre las economías agrarias intensivas. De cualquier manera, ha habido una integración más grande de la actividad agropecuaria en el campo y, a la vez, un desarrollo importante de la agroindustria. No hay que olvidar que los rubros agrupados de productos industriales de origen agropecuarios son los más importantes dentro del comercio exterior argentino.

Pero así como está la cosa, esta reconversión no da para mucho. Lo que pasa es que la misma dinámica del mercado mundial, la dinámica política interna y las luchas internas, van a replantear muchos aspectos de esta reconversión. Aquí es donde tenemos que tener claro cuál es la política posible, porque en la medida que el capitalismo se reconstituye y que no aparece una clase hegemónica que lo enfrente, vamos a tener fatalmente un período muy largo donde se van a confundir las tareas de tipo nacional con las de tipo social.

Con otra composición política, con un bloque de clases que apoye una distinta función de la estructura estatal, la Argentina puede intentar extender su frontera agrícola, diversificarla, extender aun más su agroindustria y crear sectores industriales vinculados de provisión de esta agroindustria que pueden dar lugar a un crecimiento de los trabajadores que es, en primer lugar, el punto más importante a tener en cuenta en una reconversión. La reconversión tiene que aglutinar la mayor cantidad posible de trabaja-

dores, porque éstos son, en última instancia, los que van a armar la secuencia política y los que, llegado el caso, presentarán una batalla en algún momento por el dominio.

Así como hablo de una reprimarización en esta reconversión, la Argentina tiene posibilidades de otra cosa, pero están sujetas al cambio político.

En lo que atañe al papel del Estado, precisamente está relacionado con eso. Nosotros tenemos que aprender del papel del Estado en otros países capitalistas. La Argentina podría, en cuanto a su inserción internacional, dado que es un país con relativamente poca población, tener un intercambio más dinámico en lo que se ha llamado "*nichos*", sectores que aunque sean pequeños van sumando ingresos, muy dinámicos en cuanto a los cambios.

La Argentina tiene algunas características asimilables al modelo italiano de pequeña y mediana industria en algunas ramas. En cuanto a la alternativa un poco más de largo plazo, pienso que así como el capital se ha internacionalizado, se van a internacionalizar las luchas sociales y, sobre todo, se van a interregionalizar.

El MERCOSUR es muy importante para nuestro país no sólo porque es la única salida dentro de un mundo más integrado, sino porque desde el punto de vista político va a ofrecer un campo de acción mucho más vasto que el de este cuadro bastante limitado.

Yo no soy un gran optimista, para nada. Hay que tener mucha fuerza para serlo en este momento, pero creo que hay demasiadas contradicciones por delante y muchas cosas que ganar. Adoptando un tipo de creatividad política, se pueden ir armando respuestas que en un ámbito regional van a dar posiblemente alternativas políticas más interesantes que las que vemos ahora como posibles.

INSTITUTO DE ESTUDIOS SOBRE ESTADO Y PARTICIPACION



Av. Belgrano 2527 - 1096 Capital Federal
Tel.: 942-4575 / 4586 / 4685 - Fax: (00541) 943-4468

